

El progreso

«Ocupate en estas cosas, y permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea evidente a todos». I Timoteo 4: 15, RVC

La vida es un continuo progreso. El ser humano siempre tiene la necesidad de emanciparse, de progresar de una forma u otra en todos los ámbitos de su vida. El progreso, a veces, requiere vivir en la abnegación, la modestia y renunciar a todo lo que creíamos haber adquirido.

Esto me recuerda una historia que viví en Trinidad... Había terminado mis estudios universitarios, cuando Dios me llamó a mí y a mi familia a progresar. Mi esposo fue llamado por Dios para tomar cursos de Teología en el Colegio de la Unión del Caribe.

A partir del año 2002, nuestro progreso comenzó a manifestarse de manera evidente para todos. Dios nos concedió una vivienda en el campus, educación gratuita para nuestros hijos de seis y ocho años, en ese momento, y un bebé recién nacido. ¡Qué bendición!

Me entregué completamente a Dios para que aumentara mi fe. Tuve que adaptarme a un nuevo idioma para poder comunicarme fácilmente, esto no resultaba fácil sin abnegación. Tuve que dejar a un lado todo aquello en lo que creía, porque aprender un nuevo idioma también requiere conocer y comprender la cultura y el entorno en el que nos encontramos. Puse a un lado mi cultura y mis códigos de comunicación para integrarme y vivir en comunidad. Comprendí que comunicarse con el otro no se limita simplemente a intercambiar palabras, sino, sobre todo, a vivir lo que el otro vive.

A través de esta experiencia, Dios me mostró que el desarrollo del progreso de un cristiano se produce a través de la entrega y el ejercicio de la fe. Si renuncias a tus malos

hábitos, puedes alcanzar una mayor altitud. Si dejas de aferrarte a tu pasado, podrás vivir en el presente.

Un día decidí no traducir más una conversación, sino entenderla a través de los gestos y las mímicas faciales de la gente. Y para mi sorpresa, comencé a soñar que hablaba inglés, y cuando desperté lo hice. Sí, esto fue evidente para todos. ¡Qué progreso! Fue un milagro. Después de seis meses, finalmente pude comunicarme, intercambiar conversaciones con mis hermanos y hermanas en Jesús. Cuando queremos obedecer y servir a Dios, él nos bendice para ayudar a los demás.

Doy gracias a Dios todos los días porque, en mi viaje a la tierra prometida, me enseña a comprender y aceptar mis pruebas, pero sin traducirlas. Dios me transformó y desde entonces le llamo: «Mi Dios transformador». En cada situación, recuerda que el progreso se obtiene con la entrega total al Señor, así crecerá tu fe. Recuerda este acrónimo:

Pide en oración.

Regocíjate.

Observa sus leyes.

Gratitud a Dios.

Radicado en los principios divinos.

Escala montañas.

Sé fiel y

Obediente.

Sí, seguiré progresando más y más con mi Salvador como guía.

Anónimo.